

*EL ESPÍRITU DE MIS PADRES SIGUE SUBIENDO EN
LA LLUVIA: THE STRAIGHT RECORD*

*Ring them bell / for the chosen few /
who'll judge the many / when the game is through.*

Toca las campanas / por los pocos elegidos
que juzgarán a los muchos / cuando todo haya acabado.

BOB DYLAN,
«Ring Them Bells»

Estas son algunas de las observaciones y comentarios que mi padre escribió en agosto de 2010 después de leer *El espíritu de mis padres sigue subiendo en la lluvia*. La referencia al inicio de cada una de ellas se corresponde con la paginación de la edición de 2024 del libro.

Pág. 25

No sé si perdimos esa batalla, aunque a veces lo sentimos así. Pero este libro, en cuanto a lo que hemos legado a nuestros hijos, pareciera indicar lo contrario. Que una generación piense que perdió —o ganó— una batalla implica una soberbia adolescente que se cae en la madurez, cuando entendés que el *homo sapiens* tiene miles de años en el planeta.

Pág. 38

Leí a Silvina Bullrich, a Beatriz Guido, a Ernesto Sabato... En todos los casos muy poco pero lo suficiente para decidir que no ocupen lugar en la biblioteca. *El túnel*, por ejemplo, debe haber quedado en El Trébol, lo mismo que alguna

obrita de las mencionadas autoras. De Victoria Ocampo no leí nada, por prejuicio de clase, y de Borges lo que leí —*El Aleph*, entre otros— no me interesó. Tal vez no elegí la producción adecuada.

Pág. 42

La cita debe tener muchas traducciones. La que a mí me gusta (y la llevo en el bolso junto con los documentos y otros papeles que necesito sentir que me acompañan siempre) es esta: «He peleado hasta el fin el buen combate. Concluí mi carrera. Conservé la fe.»

Pág. 66

La heladería no se llamaba Lino, como decías en la versión original, sino Blanrec. Lino (QEPD) era quien elaboraba los helados, junto con su hermano Roberto. Blanrec es una sigla que reúne las iniciales del padre de los Calasso y los hermanos: Blas, Lino, Ángel, Natalio, Roberto, Emilio y Carlos. Blas era el padre, y el orden de los hijos no es el de edad porque haría la sigla impronunciable. La firma ya no existe y la heladería sigue funcionando en manos de otra sociedad.

Pág. 80

Muy bien descripta la cuestión. El caso Burdisso fue solo un detonante, la gota que hizo rebalsar el vaso de lo que realmente preocupaba a la «la parte sana» de la comunidad trebolense. Eso se evidenció en la primera reunión en la plaza para reclamar el esclarecimiento de la desaparición de Alberto, en la que participaron muchas de las figuras públicas del pueblo, necesariamente emparentadas con el dinero y el poder y eventuales sujetos de un interés delictivo. En las siguientes movilizaciones se las vio cada vez menos y en las últimas ni aparecieron.

Págs. 83

No es tan taxativo, Más bien el concepto, en el entendimiento local, alude a quien no esté integrado al sistema. Por el contrario, se considera «buena gente» a aquella que trabaja, que tiene familia bien constituida o comportamiento decente, *que viene* de buena familia y que, aunque se haya descarriado un poco en la juventud, logró sentar cabeza. Accesoriamente, se valora o valoraba asistir a misa y pertenecer al Rotary Club o por lo menos al Club de Leones. Los antecedentes familiares pesan mucho en la idea de buena o mala vida, por lo que, aquí sí, el hecho de no tener arraigo de generaciones en el lugar pone a las personas bajo sospecha en tanto esos antecedentes permanezcan ocultos o difusos.

Pág. 84

Las notas sobre el caso Burdisso en *El Ciudadano* nunca las escribí yo. Ni siquiera me preguntaban. A veces era yo el que aportaba algún comentario que los redactores de Policiales tomaban para consultar con el juez de la instrucción, con despacho en San Jorge.

Pág. 86-87

Mi abuelo Juan Bautista subió a desarmar el andamiaje de madera construido para levantar la torre. Lo que hizo valorable su determinación ante esta faena que otros rehusaron es que el maderamen estaba podrido debido a que había pasado dos décadas a la intemperie entre su montaje y el momento en que se decidió retirarlo.

Pág. 98

La sigla significa «Mutual, Social y Biblioteca».

Págs. 99-100

Quien te sacó la espina era una médica —la doctora Josefina de Perlo—, no un dentista.

Ibid.

Lo de «anciano» me hizo reír. Es el abogado Roberto Maurino, condiscípulo mío y de Burdisso en la primaria, el que le tramitó la indemnización por la hermana y uno de los que convocaron las movilizaciones. Fue, además, el autor y coordinador —hubo aportes de distintas personas reunidas como Grupo Abuelos de Trebolense, del que soy orgulloso miembro— del libro editado con motivo del centenario de Trebolense, en el que hay un par de notas mías.

[Roberto Maurino murió el 5 de mayo de 2024, a los setenta y cinco años de edad, en el momento en que la nueva edición de El espíritu de mis padres [...] entraba a imprenta; lo hizo pocas horas después de estar junto con mi padre entre los oradores del acto del Día del Trabajador en El Trébol.]

Págs. 103-104

Respuestas a las preguntas planteadas: 1) Se asfixió por falta de oxígeno y aspiración de polvo desprendido de los escombros que volcaron sobre su cuerpo. 2) Las fracturas y tal vez la pérdida de consciencia previa al deceso le habrían impedido manipular el teléfono, o tal vez el aparato no recibió las llamadas, ubicado junto al cuerpo a diez metros de profundidad y lejos de la antena que debió transferirle las llamadas.

Pág. 157

El poema es de Alicia. Hay otros en un cuaderno que guarda Fanni —la de Fanny Perfumerías. ¿Te suena?—, la ahora viuda de David Páez, el abogado primo hermano y tutor de Alicia y Alberto cuando éstos quedaron huérfanos. David, como su hermana Mirta, con quien vivía Alicia en Tucumán, eran militantes del PC. David, especialmente, era muy reconocido en el ámbito académico rosarino, donde ejercía como docente de Derecho de la UNR. Tras el paréntesis impuesto por la última dictadura volvió a las aulas y creó y dictó una cátedra sobre derechos humanos. Luego de su fallecimiento, meses después del de Alberto, recluido en su departamento del barrio Martín sufriendo las consecuencias de un ACV —e ignorante de la suerte corrida por su primo porque Fanni sostenía que habérselo hecho saber hubiera acelerado su muerte—, su nombre le fue impuesto a un aula de la facultad donde ejerció la docencia.

Págs. 147-148

Iniciar no, pero sí ofrecer un espacio —el del grupo que hacía aquel periódico juvenil— donde encontrarse entre iguales y protegido del ambiente ultraconservador y hostil que era —y en buena medida sigue siendo— la comunidad de El Trébol, para la que nosotros éramos, genéricamente, «los comunistas».

Pág. 165

Acostumbramos escribir Resistencia Peronista como nombre propio —las dos palabras con mayúsculas— subrayando Peronista más allá del simple calificativo.

Pág. 184

GDH nunca fue marxista leninista; tenía raíces en la Resistencia Peronista. El FEN (Frente Estudiantil Nacional), que a comienzos de los 70 se unió a GDH junto a otras agrupaciones de distintos lugares del país para conformar la OUGT (Organización Única del Trasvasamiento Generacional), sí había tenido una adolescencia marxista, que había abandonado para adentrarse en un difuso «socialismo nacional» de donde encontró salida en el peronismo.

Págs. 185

Es inexacto. De alguna forma mutó al determinismo: No había Argentina sin peronismo ni peronismo sin Perón, rompiendo precisamente con la caracterización gorila [*antiperonista*] del hogar de origen de muchos de sus miembros.

Pág. 186

La vía de las armas nunca fue algo realmente discutido como posibilidad, ni tampoco descartada. En realidad, no era un tema de discusión; había sido aventado por lo que decía Perón: «Entre el tiempo y la sangre es preferible lo primero». Lo que sí siempre estuvo presente fue la idea de la preservación, por lo que se constituyó un núcleo. «Armas» se llamaba en la jerga interna las distintas columnas de la Orga, donde se usaba ese lenguaje porque había sido conformada en base a una metodología tomada de la experiencia de las escuelas clásicas de la doctrina militar europea expuesta por Napoleón, Moltke, etc., y porque se quería imbuir a los militantes del concepto de «Nación en armas», como se interpreta que fue lo que posibilitó la emancipación nacional.

(Una digresión: ésta fue una de las críticas al desarrollo de la Guerra de Malvinas, que no se puso a la Nación en armas, que yo le planteaba a [Aldo] Rico en el año 85

cuando todavía estaba en actividad, antes de los alzamientos contra Alfonsín. Él, con el espíritu elitista propio de la formación que había recibido, desestimaba mi opinión y quería hacerme entender que la guerra es una cosa de profesionales y que la derrota en Malvinas se debía sólo a que los profesionales que la habían conducido no eran idóneos.)

Retomo: se creó el arma de la Defensa, una pequeña tropa encargada de garantizar la seguridad de los militantes en el terreno de las operaciones, tanto frente al régimen gobernante como frente a otras organizaciones políticas y militares que pudieran oponérsenos con riesgo para la integridad de los compañeros. Esa unidad realizó tareas de vigilancia, custodia y acompañamiento de compañeros que podían ser blanco de ataques.

Pág. 188

No puedo aceptar que los hijos de aquella época y de aquellos participantes de la experiencia que movilizó a buena parte de una generación hayan sido un premio consuelo o una especie de salvoconducto tramitado para escudarse en un allanamiento o ante un retén. La prueba de que esto no es objetivamente así está en los muchos chicos huérfanos, robados y aun asesinados junto con sus padres sin que su presencia haya servido para que estas atrocidades no ocurrieran.

Para mí es muy importante que esto esté claro, aunque se inserte en un marco de ficción, porque induce a equívocos que harán padecer a muchísimos compañeros y harán dudar a muchos que acogieron y acompañaron nuestra militancia en la certeza de que peleábamos por la vida, no por la muerte. Yo diría que por respeto a todos los padres que atravesamos aquella circunstancia histórica habría que reformular el contenido de 13 y adecuar en consecuencia el de 14.

Pág. 191

¿Te parece que los dictadores, los acomodaticios, los indiferentes oportunistas, los pretendidos vanguardistas del ERP [Ejército Revolucionario del Pueblo] o Montoneros o los asesinos a sueldo de las Tres A eran y actuaban como humanistas o católicos?

Pág. 192

La actividad principal estaba en los barrios. Barrios a secas, barrios humildes de trabajadores humildes pero no particularmente «marginales» [*en la versión de 2011*]. En los barrios donde predomina la clase de gente que dio sustento al crecimiento y desarrollo del peronismo y a la que el peronismo le dio derechos —y obligaciones— en la transformación de la sociedad.

Ibid.

El peronismo, como nosotros lo veíamos, ya tenía conciencia política y revolucionaria. ¡No se la íbamos a dar nosotros como intelectuales iluminados! Más bien era al revés: buscábamos aprender, adquirir y compartir la conciencia política y revolucionaria del pueblo peronista.

Pág. 193

Yo cambiaría «disolverse» por *confundirse con* o *amalgamarse con*. Disolverse me da la idea de desaparecer, no de integrarse.

Ibid.

No me consta que esto haya pasado, y no me parece

verosímil. Me habría enterado, además. Nunca fuimos delatores ni entregadores, y menos de nuestros compañeros. La negociación consistió en poner frente al proceso de disolución todavía pendiente a una especie de veedor —que fue un oficial de la Marina retirado— que resultara confiable para el enemigo y aceptable para nosotros, que necesitábamos terminar de replegarnos.

Ibid.

La Orga había llegado al punto de estar en posición de copar estructuras del movimiento peronista, que era el plan de los Montos, en una dinámica que alcanzaría el objetivo por la simple fuerza de la inercia frente al vacío que había dejado la muerte de Perón. Autodisolverse fue la forma de impedir que ello ocurriera traicionando su mandato. Yo acepté eso.

Págs. 197-198

Nunca hubo «enjuiciamientos» ni expulsiones. Sí discusiones con los que manifestaron disidencias que hicieron que ellos mismos se alejaran por decisión propia. Es el caso, entre otros, de Amarú Luque (a Montoneros, fusilada en la masacre de Palomitas), Pepo Briggiler (a las FAR; caído después del asesinato del general Sánchez, en el que había tenido participación) o la Vasca Enatarriaga (que se pasó al ERP, fue herida en un enfrentamiento y detenida, y más adelante, ya en el Proceso, asesinada).

Págs. 204-205

Más involucrado estuvo, por ejemplo, Carlitos Bosso, combatiente montonero —no está en las fotos porque ya se había apartado del grupo—, capturado y desaparecido junto con su esposa, que lo único que pudo negociar antes de ser asesinado es que entregaran a sus padres a la

pequeña beba de ambos (Mariana), lo que los milicos cumplieron dejándola en manos de unos parientes de Las Rosas que tenían allí una funeraria. Éstos a su vez la hicieron llegar a El Trébol. Otro fue Roberto Maurino —el «anciano» que habla en la plaza y frente al Club en el sepelio de Alberto—, jefe en la Facultad de Derecho de la UNR de la JUP, una de las estructuras de superficie de Montoneros, quien estuvo detenido un mes en el Batallón 121 pero fue liberado. De Alicia, militante del PC, cuya cúpula alentaba los negocios establecidos entre [*Jorge Rafael*] Videla y [*José Alfredo*] Martínez de Hoz y el gobierno de Moscú que convirtieron a la Argentina en el principal proveedor de granos a la URSS durante la dictadura, se hizo correr un rumor de que tenía relación con un integrante del ERP y que ése era el motivo por el cual fue secuestrada. Pero de eso no hay ninguna prueba ni testimonio, y hasta es posible que el rumor se haya originado para justificar su desaparición en el mismo El Trébol, donde comunistas y guerrilleros eran una sola cosa fuertemente rechazada por la sociedad ultraconservadora del pueblo, para justificar su desaparición.

Ibid.

Ya aclaré que yo no creo haber sido [*el que la introdujo en la política*], aunque acepto que la modesta experiencia que significó aquel grupo reunido alrededor del semanario pudo haber acompañado su determinación. Pero también reconozco, tal vez sobrevalorando esa influencia, que llevo su martirio como una dolorosa carga, lo que no me pasa con Carlitos, víctima de la «contraofensiva» pérfidamente tramada por la cúpula montonera.

Por último, reproduzco en extenso a continuación una reflexión de mi padre sobre el carácter ficcional del libro:

Como indicás al final, un poco de ficción puede teñir el todo de ficción, y es posible que para los lectores españoles el contenido de esta novela pueda resultar de comienzo a final sólo un audaz ejercicio de imaginación. Pero, se haga o no una edición para la Argentina, el libro se va a comentar inevitablemente aquí y los que sean hechos objetivos contenidos en el texto se van a confrontar con la realidad. La consecuencia esperable es que quienes tengan conocimiento al respecto se sientan afectados, de una manera o de otra, y que quienes no, los tomen por ciertos tal como se cuentan, porque van muy en paralelo con lo realmente ocurrido y es muy difícil distinguir entre lo verdadero y lo falso. Mi idea es esta: si no estoy equivocado, y mi previsión es acertada, mejor que se enteren bien, así no hay conflicto.

Después está lo otro: indudablemente siempre ponemos de nosotros en una historia, por más ficcional que uno pretenda que sea. Pero en este caso la ficción, para nosotros, está sólo en el formato; lo demás es casi biográfico, o autobiográfico. No puedo —no pude— leer la novela como el producto de una maquinación intelectual. No pude leerla sin que me conmoviera como nos conmovió a todos los que la leímos y como, no me cabe duda, conmoverá a todos los que nos conocen cuando tengan oportunidad de hacerlo. Yo, en particular, la leí como si todo el texto fuera una larga carta, escrita con el corazón más que con el cerebro. Y veo en ella que pudiste cruzar un puente que a mí me resulta muy difícil atravesar, aunque espero tener vida y valor suficiente para poder hacerlo alguna vez, aunque sea con mi último aliento, en la forma como vos, tus hermanos y tu madre lo merecen. Afortunadamente pude cruzar hace mucho el puente que me separaba, a la vez que me unía, con tu abuelo. Ésa fue una de las cosas, creo, que me permitió tener mis propios hijos.

Días atrás, me costaba terminar de leer en la oficina el texto impreso [...] Jorge, sentado en el escritorio contiguo, me miraba disimuladamente con el rabillo del ojo. Creía

que yo no lo veía, pero sí, y me daba cuenta de que se preguntaba: «¿Qué carajo le pasa a este?». Pero no se atrevía a preguntar. Tampoco hubiera podido explicarle.